



En la
**Calle
Mayor**

VIRGINIA GIL RODRÍGUEZ

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *En la Calle Mayor*
Copyright © Virginia Gil Rodríguez, 2016.

Primera edición enero 2016

Edición: *Paloma del Castillo*
Fotografía: *Virginia Gil Rodríguez*
Diseño de portada y contraportada: *Alexia Jorques*
Maquetación: *Alexia Jorques*

Besas besos de Dios
Blas de Otero.

Índice

[La Calle Mayor](#)

[El portal mágico.](#)

[La soledad de May.](#)

[Mucho más que un libro.](#)

[Una sopa sin palabras.](#)

[La hora del cuento.](#)

[La cuerda azul de Leo](#)

[May da el primer paso.](#)

[La señorita Ona.](#)

[El trabajo](#)

[¿Una nueva escuela?](#)

[Comienzan las entrevistas](#)

[Los señores Munch](#)

[La señora Mel](#)

[En casa de Ula](#)

[En la Calle Mayor](#)

[En la zapatería del señor Pol](#)

[El atropello](#)

[Ana](#)

[El doctor Yuk](#)

[El primer chillido de la Calle Mayor](#)

[En el hospital](#)

[El segundo chillido de la Calle Mayor.](#)

[El fin de semana se apaga](#)

[Comienza un nuevo día](#)

[Un colegio vestido de cambios.](#)

[Feliz cumpleaños May.](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)



La Calle Mayor.

En el número 27 de la Calle Mayor, vive May, una niña de cuerpo menudo, lacia melena y ojos verde aceituna que nadie ve.

El lunes que viene es su cumpleaños y, aunque ella no lo sabe, te adelanto que su vida va a cambiar mucho.

May no habla. May es silencio que llena con palabras que lee, con palabras que escribe. No tiene amigos y casi siempre la verás acompañada por Leo, su hermano pequeño.

May vive en la Calle Mayor de una ciudad amurallada. Una calle, fría y sombría, húmeda y oscura, grisácea y empinada. Una calle ausente y silenciosa, poco transitada. ¡Déjame que te la muestre!

Pasa el arco y observa los edificios centenarios apilados como cajas de zapatos dándose mutuamente calor. Verás en los bajos algún comercio. Fíjate en la librería de segunda mano de la anciana Mel. ¿Sabías que vive rodeada de gatos y que nadie la ha visto nunca salir? El escaparate siempre polvoriento exhibe solo contraportadas de libros. Como la tienda de marionetas de los señores Pint, ¿no es curioso que todas den la espalda? Ahora mira hacia arriba. Ese primer piso es de Ula, la abuela del balcón. Ella espera aquello que nunca llega. También en el primero pero de la otra acera, justo donde vive May, se alojan los gritos de la señora Munch. Es la chillona escandalosa de la Calle Mayor, la que vocifera y echa pestes como nadie. Sigamos.

Fíjate en esa panadería con los panes boca abajo, y también en la pescadería con los peces al revés.

En este otro edificio vive Ryo el niño de la cara triste con su padre el señor Pris más conocido como "Todokilómetro". Lo verás a diario acelerado bajar y subir la Calle Mayor. Una y otra vez, una y otra vez, sin descanso.

Sí, allí arriba, al final de la cuesta, enfrente de la biblioteca de Sue, están las campanas de la iglesia. Acompasan a diario las horas de los vecinos.

Pero antes, observa esa zapatería arcoíris del señor Pol. Es la gran sonrisa del barrio. Llamen la atención sus zapatos cómodos y aseguibles, todos alegres y de color diferente.

La vida de May transcurre entre palabras escritas y silencios.

La Calle Mayor que la ha visto crecer, esa calle que contiene otro mundo, espera algún día verla sonreír de nuevo.

Porque, sabes, May antes sonreía, y hablaba bastante más que ahora.

¿Quieres que te cuente su secreto?

Ven, acércate y escucha su historia.

B

El portal mágico.

Durante sus primeros años, May vivía con su hermano pequeño Leo, su madre Ana y su padre Ian. Ana era el pilar económico de la familia. Trabajaba como enfermera en el hospital, haciendo doble turno. Paraba poco en casa. Dormía a menudo en urgencias. Ian cuidaba del hogar; cuidaba de May y Leo. Todos los días se parecían. Amanecer temprano, atender la casa y salir. Salir al parque más cercano detrás de la Calle Mayor, si el tiempo lo permitía; a la biblioteca, en caso de lluvia o de frío. Por la tarde la escena se repetía. Luego, en la noche, llegaban con Ana las quejas y el malhumor. Llegaba Ana exhausta por su trabajo, por el que ganaba más bien poco. Lo justo para mantener dignamente a una familia de cuatro personas y a una casa de más de doscientos años.

Ian disfrutaba con sus hijos, pero se sentía a menudo cansado. Su aspecto era enfermizo. Un padre gris. Cariñoso, pero gris. Descolorido y encogido. Frágil y arrugado. Ian quería ser escritor, sin embargo, las palabras no se presentaban. Ana le apoyaba más bien poco e incluso a veces le llamaba "laninutil". Antes de llegar May Ian escribía, reescribía y tiraba todo lo escrito a la basura. Tenía todo el tiempo para él, y encerrado entre las cuatro paredes sombrías de su casa solo veía cómo en el cubo de basura se amontonaban hojas y más hojas de horas mal aprovechadas.

Entonces llegó May, y trastocó todos sus sueños, robándole todos sus minutos. Ana empezó a trabajar aún más para aportar el dinero necesario a casa. Ian se tuvo que ocupar de la crianza de la pequeña. Abandonó sus letras; sus palabras; y sus hojas en blanco. Al no poder crear, buscó refugio en otros libros pasando muchas horas en la biblioteca. Así fue como May se enamoró de los libros. Los

ojos de su padre invitaban a imaginar, a crear, a vivir otra vida diferente, a jugar en otros mundos. En sus brazos y con un libro era feliz. Luego llegó Leo. Por accidente. Y Ana aumentó las horas, la queja, el peso y el malhumor. Y May tuvo que compartir los brazos de Ian. Pero en su pequeño mundo de letras todo era posible y se sentía protegida. Ian, no obstante, necesitaba una bocanada de aire. Su tez blanquecina, sus ojos grisáceos hundidos, su cuerpo alambre vibraba aún gracias a May. En ella veía la luz que él había perdido. Un posible relevo. Dicen, por aquí arriba los expertos, que todos tenemos una misión, pero Ian no la había encontrado todavía. Y ya no quería buscar más.

Una mañana, paseando con los niños, Ian descubrió un agujero de un rojo intenso. Nunca hasta entonces había visto algo similar. Parecía una puerta con forma redonda situada en medio del parque, pero sujeta a la nada. Suspendida en el aire como en los mejores trucos de magia. A diez centímetros del suelo más o menos. Y con una circunferencia amplia por la que fácilmente podía pasar sin mucha dificultad una vaca. A Ian le recordó uno de esos aros de fuego que se utilizan en el circo por los que saltan los tigres y leones. El agujero rojizo invitaba a adentrarse hacia un camino repleto de posibilidades. Ian vio la luz rojiza, pero luz al fin y al cabo. Y exclamó:

—¿Qué os parece si hoy nos vamos de aventuras al país de nunca jamás? ¡Tal vez encuentre las palabras exactas para escribir una historia única!

—Papá, estás de broma —respondió inmediatamente May—. Tú no eres Peter Pan, y no estamos en un cuento.

—¿May, por favor, no me digas que no te apetecería ver lo que hay al otro lado? —lanzó Ian—. ¡Para una vez que nos ocurre algo diferente!

May insistió:

—No te acerques papá, puede que se trate de un portal mágico. Me recuerda algo que leí el otro día.

—May, por favor, basta de fantasías. Leer tanto no te sienta nada bien. ¿Qué me puede ocurrir? Solamente quiero ver lo que hay dentro. ¡No me digas que no es raro un agujero así en medio de nuestro parque!

—Sí que es raro, papá. Precisamente por eso no vayas. Te lo pido por favor.

—Papánopapánopapáno —balbuceaba Leo desde su silla intuyendo que algo extraño sucedía.

Y desoyendo las recomendaciones de sus hijos, comido por la curiosidad como un chiquillo de cuatro años, lan dio un paso. Luego otro y otro y otro y....

—Papáááááááááááááááááá —gritaba May.

lan se adentraba decidido, paso a paso, en el rojo intenso. Primero una pierna, luego la otra. Fue bajar el cuerpo, introducir la cabeza y entrar. Se adentró, y allí se quedó. El agujero se cerró a sus espaldas e lan emprendió un nuevo camino.

May vio una enorme boca roja engullir a su padre. Cogió a Leo en brazos y se fue a casa. Trastocada y transformada.

—May, no sé lo que habrá pasado esta mañana, pero no me creo nada de lo que cuentas.

Explicar a una madre que un padre, en este caso su marido, ha desaparecido a plena luz del día por un portal mágico no es tarea fácil. Ana pensó que su hija tenía un problema de identidad debido a tanta lectura. Y pensó también en cuánto darían que hablar en la Calle Mayor.

—Mamá, te aseguro que es cierto. ¿Cómo crees que me puedo inventar esta historia?

—Pues eso mismo, May, una historia, que esto no es más que una historia. Otra más de esas que lees. Que leer tanto no es bueno. ¡Que te pasas!

—¿Pero, mamá, de verdad no me crees?

Ana no la creyó y continuó con su día a día, comiéndose emociones, tragando bocatas de tocino. Se centró en

sacar adelante, entre quejas, malhumor y aumento de kilos a su pequeño mundo partido.

Ian no regresó. De eso hace ya varios años.

A Sue, la bibliotecaria, le hubiese encantado creerse ese cuento de Ian, pero su experiencia le decía que May tenía el síndrome de la "imaginación fantasiosa agudis". Eso que tan solo ocurre a los grandes lectores que se llegan a imaginar aventuras, incluso a verlas y vivirlas como si fueran reales.

Tras interrogar a May, la policía dejó claro en su investigación que se trataba de una desaparición. No se mencionó, por supuesto, nada relativo al portal.

En el colegio hablaban de alucinación, de pura ficción.

May solo sentía soledad en su corazón.

Yo sé que no me he inventado nada. Que te has ido por un portal. Que te metiste en una luz roja y desapareciste. Lo escribo para recordar, para que quede, para que no se olvide. Porque a veces yo misma no sé muy bien lo que pasó. Solo sé que ya no estás, que nadie me cree. Solo sé que cada día me apetece menos hablar porque todos dicen que soy una mentirosa. Te echo de menos. Si me lees, por favor, vuelve. Te necesito tanto.

C

La soledad de May.

Desde lo sucedido en el parque, May es la niña rara del colegio. Para Set, compañero de clase, una gran embustera:

—¡Tu padre se ha ido, os ha abandonado! Pero tú no te enteras. ¡Lo que dices, es una trola igual de grande que una bola!

Para Ely, la sabelotodo de la clase una fantasiosa:

—Tanto libro, tanto libro ¿para qué? ¡Si al final ni sabes en qué mundo vives!

Y para la señorita Pía su profesora... La señorita Pía destaca por sus finas y altas piernas de alambre recubiertas siempre por pantalones. Por su tronco rectilíneo de corte militar, esbelto pero poco femenino. Por dos rasgos claves en su sombrío rostro: la sonrisa ausente, la mirada negra, fría, dura. No consiente la falta de disciplina, y menos aún la mentira. Sobre todo a una edad tan temprana.

—Hoy May —y su voz solo suena a puro cinismo—, la experta en temas astronómicos, nos va a explicar en qué consisten los meteoritos, los asteroides, los agujeros negros y... y, por supuesto, los portales mágicos.

Es oír portal mágico y May ve su mundo cubrirse de sombras. Ve de nuevo la luz roja y deja, entonces, de ver a su padre. Toda la clase ríe a carcajadas. Toda salvo Ryo que, a su lado, parece sostenerla en silencio con sus ojos color miel. May mira al suelo, dejando caer su melena sobre el rostro.

—Basta de tonterías —retoma la señorita Pía—. Set, página cuatro, ejercicio dos, a la pizarra. Muy bien. Eli, poesía de la página cuarenta y tres. Impecable. Quiero memorias perfectas, trabajadores diligentes. No necesitáis pensar, solo obedecer. ¿ENTENDIDO? —con voz gruesa.

—Sí, señorita Pía —responde al unísono la clase en pie.

—Muy bien, sigamos entonces.